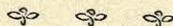


LA SEGUNDA MUERTE DE BROGGI-MEZZASTRIS



I

ERA la primera vez que Miguel Steno, visitaba al pequeño museo Broggi-Mezzastris bien conocido de todos los viajeros que se han detenido unos días en Bolonia. Esta admirable capital de la Emilia merece más que servir de descanso, como es costumbre, durante una mañana ó una tarde, entre Florencia, Milán y Florencia. El conde Steno — ya lo indica su apellido — era oriundo de esta última ciudad. Esta vecindad hubiera debido hacerle familiar la galería que el difunto comendador Broggi-Mezzastris ha legado á su patria, con tanto más motivo cuanto que dicho comendador era su pariente muy cercano. La condesa Steno, su madre, á la que llamaban en Venecia, mientras vivió, la Andriana, para diferenciarla de la otra condesa Steno, Catalina, era una Broggi, hermana del generoso coleccionista. Pero estaba reñida desde años con su hermano y el sobrino no había pasado jamás la puerta del palacio de su tío. Esta desavenencia de familia explicaba el codicilo por el cual el opulento boloñés había hecho á su patria legataria universal de su fortuna, bajo la condición expresa de que todos los muebles y objetos de arte existentes en su casa permaneciesen en ella y que las salas estuviesen abiertas para el público tres días á la semana, desde las diez

hasta las cuatro. Visiblemente Broggi-Mezzastris se había propuesto como modelo la fundación Poldi-Pezzoli de Milán, para mayor daño de este único sobrino, natural heredero suyo. Justo es decir que Miguel no había hecho nunca nada, desde la muerte de sus padres, para reconciliarse con su tío. Bastaba que éste fuese rico para que al sobrino repugnara todo paso de este género. Le había pues parecido muy natural, entonces, ser privado de esta importante herencia. Era Miguel un verdadero descendiente de los *Magníficos* y no había tenido nunca que recurrir á la afectación para demostrar su menosprecio por el dinero. Lo malo es que éste siempre se venga de tales desdenes. Un burgués lo dijo cuerdamente: « No merece este necesario y peligroso metal ni ser menospreciado ni adorado. Sólo merece que se le cuente. » Por haber faltado á esta máxima, el último representante del ilustre dux Steno, había gastado á la edad de treinta y cinco años — esa era su edad en el tiempo de esta aventura, que data de 1890 — más de la mitad de su fortuna. De sus sesenta mil francos de renta, le quedaban veinticinco. Este millón se había derretido llevando esta existencia cosmopolita para la cual los italianos tienen tanto gusto y aptitud. Observadores, flexibles é impresionables, de mucho pensar y de sentir delicado, son notabilísimos para armonizarse en medios nuevos y se sienten atraídos hacia los más elegantes, por este temor del provincialismo que es uno de los rasgos singulares de estas naturalezas, á la par tan engreídas de su pasado y tan desconfiadas por lo que toca á su presente. Miguel había pagado caro el derecho de considerarse como en su casa, en Niza, Londres, París, San Moritz, Aix y en todos los sitios de fiesta mundial y de alta sociedad por donde había paseado su arrogante cara de retrato clásico. Á los treinta y cinco años se parecía aun de modo sorprendente á ese joven señor de Buda-Pest atribuido por los críticos ya á Giorgione ya al Pordenone. Es una cara de frente altiva, ojos profundos, boca apasionada, expresión sensual y grave y que parece ocultar un secreto trágico de voluptuosidad y melancolía. Á menudo se hallan curiosas que procuran descifrar estos secretos cuando tal fisonomía se une á los elegantes modales de un

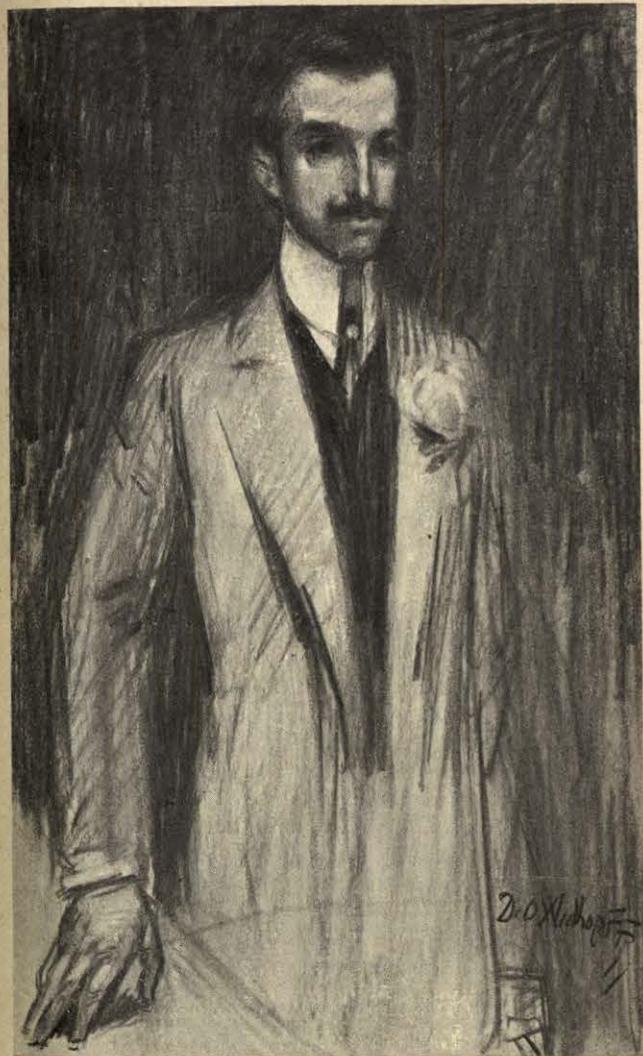
hidalgo ultramoderno, y la compañía de las curiosas cuesta tanto más cara cuanto en mejor lugar figura su nombre en el « Gotha » ó el « Peerage ». Un amante digno de este nombre no se perdonaría el no llevar el mismo tren de su querida. Decimos esto para explicar la casi ruina de Miguel Steno, y también cómo su indiferencia á la sucesión de su tío se había cambiado poco á poco, tres años después de la desaparición del coleccionista, en un sentimiento de contrariedad primero muy indeciso, luego más acentuado. La inauguración solemne del museo, atrasada por necesidades de arreglo interior, se había realizado hacía solamente seis meses. Con esta ocasión todos los periódicos de la Península habían publicado artículos celebrando la generosidad del comendador Broggi, testimoniada por cifras. Se había hablado de cuatro millones de francos sólo en lo referente á cuadros. El palacio, construido por Baltasare Peruzzi un poco antes, y con el mismo estilo que el Prospero de Ferrara, bien valía otro millón. Pongamos uno más para las tapicerías y los muebles. El capital inmovilizado para la manutención y sueldo de los guardianes, representaba otros dos millones. Bastante natural era que Miguel hubiera sumado estas cifras con un desagrado que iba aumentando y que le hubiera llevado su mal humor hasta el punto de no asistir á la sesión inaugural. No menos descontento se puso cuando en la ocasión de atravesar Bolonia, tuvo el capricho de inventariar en persona este tesoro del cual había sido despojado algo por culpa de sus padres, que hubieran debido por consideración á él reconciliarse con el comendador y también algo por su propia culpa — ahora se reprochaba haber puesto su amor propio en no granjearse el afecto de un tío rico y solterón — y últimamente mucho por culpa de una tercera persona. El viejo Broggi-Mezzastris, que había llegado á ponerse hipocondriaco, había tenido por único comensal durante el último periodo de su vida á un mal pintor, un tal Luis Gámbara del cual la condesa Steno siempre habló á su hijo como del más peligroso intrigante. Mientras que pagaba el billete de entrada al pie de la gran escalinata, Miguel había podido leer este nombre sospechoso firmando el reglamento del museo: « Luigi Gámbara, conservador general. » Este dato no era una novedad

para él. Sabía que la fundación de su tío estaba colocada bajo la vigilancia del pintor, el más íntimo confidente del pensamiento del anciano. Este signo visible de la existencia de ese hombre, sorprendido por el sobrino desheredado, dió súbito impulso á sus ocultos rencores.

— ¿Conservador general?... repitió en voz baja al empezar á subir la gradería. Este Gámbara ha maniobrado hábilmente. No podía hacerse legar los diez millones. La captación hubiera sido demasiado flagrante y el testamento muy atacable. El bribón ha sido más fino. Se ha hecho dar el usufructo simplemente, bajo un pretexto que lo colocaba fuera de todo pleito. ¿Conservador general? Esto significa una magnífica renta, un alojamiento sin duda... Y mientras se hallaba en la meseta de la escalera donde yacía en un diván un guardián suntuosamente vestido con la librea del difunto comendador : « ¿El señor profesor Gámbara habita aquí? preguntó.

— Sí, señor, contestó este otro prebendado; en el segundo piso, pero ha salido.

— Esto es, dijo Miguel que proseguía mentalmente su monólogo. El palacio es suyo, ya que vive en él como dueño. Está pagado para pasearse entre obras maestras y desempeñar el papel de aficionado al arte. Me han dicho que antes de ser recogido por mi tío, estaba trabajando con los anticuarios. Restauraba cuadros por cinco pesetas al día quizás. ¡Y ahora!... Sí. La cosa está hábilmente maniobrada. ¡Y pensar que mi tío ha tenido bastante inteligencia para descubrir y contemplar todas estas pinturas y que no le haya bastado para adivinar la grosera empresa de este bribón acerca de su fortuna!... Si me hubiera solamente legado estos cuadros, con prohibición de venderlos; qué decoración para la sala grande del palacio Steno! Hubieran tenido más vida, mientras que aquí ¿para qué sirven? Para mantener la insolente holgazanería de este desgarbado guardián y la ruindad del señor Gámbara... ¿Quién viene á visitarlos? De vez en cuando tres ó cuatro inglesas como estas que pronuncian delante de ellos entre sus largos dientes el inevitable ¡*very fine indeed*...! Y en todas las horas del día nadie más... ¿Habrá algo más triste que este museo, más abandonado, más desierto?... ¿Valía la pena de amar tanto



Es una cara de frente altiva... (pág. 106).

las artes para hacer al fin esta necrópolis?... El aspecto de las salas justificaba esta humorada. El paso nervioso del joven resonaba ahora en su desierto entarimado. Desplegábase la larga fila de las habitaciones vacías en torno de un patio interior, que figuraba un jardín, decorado por una enorme piedra, de la cual caía en cascada abundante masa de agua. La sonoridad de la cascada que llegaba hasta la galería por las abiertas ventanas — era el mes de Mayo — hacía aun más notable la soledad de estas vastas habitaciones abandonadas, donde nada hablaba de la vida personal del antiguo propietario. Ya no había muebles ni tapices; no quedaba más que las paredes cubiertas por damasco rojo visiblemente nuevo, sobre el cual destacábanse de trecho en trecho en sus marcos, casi todos antiguos, los cuadros célebres de esta colección, una de las más notables que se habían formado en estos últimos años. Los artistas de la Emilia, sobre todo, estaban representados por maravillas: el Ortolano con una Natividad, tanto más atractiva, cuanto que la Virgen, el San José y el Niño, se agrupaban por un simbolismo de extraña poesía entre las columnas dóricas de un templo arruinado. Se ve en él seis *tondi* de Francia, serie incomparable, que ilustra la historia de Orfeo. Del opulento colorista Dosso Dossi, hay una Medea, compañera de la Circe de la Villa Borghese en Roma. Y estas no son más que pinturas de segundo orden en relación á las cinco piezas capitales del museo: la *Cabalgata Heroica* de Lorenzo Costa, un *Prior de Malta* de Antonello de Messina, una *Pasión de Cristo* de Romanino, un *Concierto Campestre* de Paris Bordone y, por fin, el más delicioso de los Giampietrino, una *Madona con un niño*, una de las perlas de la escuela lombarda. La ensortijada cabellera de la Virgen, oscura con reflejos de oro, los pesados párpados un poco hinchados, la sonrisa en las mejillas, la nobleza de las largas manos, el colorido verdoso del cielo y el espejismo del ventisquero en el fondo, todo en este lienzo lleva el sello del sueño leonardesco y su misteriosa languidez. Aunque Miguel Steno no hubiera llevado nunca más que la frívola existencia de hombre á la moda y de delicado epicúreo, era de Venecia y había aspirado el aire de la laguna, ese sabor de las cosas hermosas que hace de cual-

quier ocioso de la plaza de San Marcos un conocedor nato. En cuanto hubo comenzado á pasear por las salas — donde se hallan, notadlo, setenta y seis números de esta fuerza — olvidó sus decepciones de heredero burlado para extasiarse, sencillamente, delante de tal abundancia de obras maestras. Andaba por las salas admirándose más á cada paso é invadido por el encanto que irradiaba de aquellos cuadros. El genio de los antiguos maestros había sabido animarlos para siempre, con vida, ya graciosa, ya sublime, voluptuosa ó angustiada, mística ó pagana. Miguel llegó así hasta la última habitación en el fondo de la cual se hallaba como relegado en un rincón donde la luz le llegaba mal, un retrato de fecha reciente. Era el del comendador Broggi-Mezzastris, el donador magnífico. Una placa de mármol, colocada en la pared exterior del palacio, celebraba su exquisito gusto: « Aquí vivió y murió el muy ilustre y erudito — comendador Broggi-Mezzastris — quien supo — como antiguamente los Médicis — buscar en el arte el alivio y el descanso — de trabajos más mercenarios. — La ciudad de Bolonia — ha colocado aquí esta piedra — como testimonio de la alta cultura de este gran ciudadano » « Muy erudito... » « Alta cultura... » « Los Médicis... » Tales palabras resonaban de extraña manera al asociarse con el personaje ante el cual Miguel Steno estaba ahora como hipnotizado. Nunca había visto de su tío más que fotografías hechas en su juventud y en las cuales lo impreciso del vigésimo año esfumaba los rasgos característicos de la cara. Quedó estupefacto ante esta fisonomía de anciano, tan reveladora. Era un semblante obscuro, prosaico, sin luces. Patillas necias — ¿no es verdad que hay barbas espirituales? — lo subrayaban vulgarmente. Jamás pensamiento alguno había sellado con su llama esos gruesos ojos salientes en los que brillaba una beata alegría de vanidad satisfecha. La boca expresaba una mezcla de bonachonería arrogante y de estúpida suficiencia, el amor propio del ricacho que no viviendo sino en medio de aduladores, considera su servilidad complaciente como una prueba de su propia excelencia. ¿Cómo concebir tras este semblante vulgar, la distinción de espíritu y de corazón que suponía el establecimiento de este admirable museo?

Ciertamente hay exageración en la palabra atribuida por la leyenda á Rafael: « Comprender es igualar ». Y sin embargo, la inteligencia de las obras de arte llevada á este grado supone una especie de genio. El mediano individuo retratado en este lienzo ¿había tenido este genio? Por mucho que afirmasen los cuadros de la galería que sí, juraba el retrato que no, y mil recuerdos nacían en el espíritu de Miguel Steno, dando la razón al retrato.

— ¡Qué cara de *minus habens!* se decía. Mi madre nunca hablaba de él sin repetir: « Peppino es un pobre hombre. No hay que hacerle responsable de nada. » Este retrato es verdaderamente el de un pobre hombre muy limitado... ¡Ah! ha debido ser fácil captarle! ¿Cómo habrá hecho para llegar á una gran fortuna siendo imbécil, como lo revela esta pintura?... ¡Bueno! es muy sencillo. El abuelo Broggi le ha dejado la fábrica de seda, la cual, bien montada, ha seguido marchando. El mérito de éste habrá sido el comprenderse incapaz. Y es un real mérito, porque no tocando á nada, no se echa nada á perder... ¡Qué misterioso es el atavismo! Mi madre era tan fina, tan delicada, tan gran dama á pesar de su nacimiento, — y este hermano tan vulgar, tan bajo!... Decididamente prefiero no haber conocido á este tío. Con todo, me cuesta algo caro. Hice mal en venir aquí. Voy á echar de menos algunos de estos cuadros. Vámonos sin volverlos á ver.

El joven tomó el camino de la salida mientras monologaba interiormente este discurso. Atravesó la larga fila de salones sin dirigir una nueva mirada á las maravillas que hubiera podido y debido tener en el palacio Steno. Mientras erraban sus ojos apartados de los lienzos acá y allá, al azar, la singularidad de la cual he hablado ya, le llamó repentinamente la atención: la ausencia total de mobiliario en estas habitaciones, que sin embargo habían servido de piso particular al comendador. En cada una de ellas se hallaba simplemente una banqueta de rejilla para que descansaran los visitantes. De pronto le vino á la memoria el testamento que había leído antiguamente con mucha atención en compañía de su notario, y por el ruego insistente de éste. ¿Se equivocaba acaso? ¿No se hallaba esta frase, cuyas palabras recor-

daba hasta el punto de que le parecía verlas todavía: « Lego el palacio con todo lo que contiene de objetos de arte y de muebles?... »

— ¿Muebles? repitió Miguel á media voz y ojeando otra vez los salones en derredor: « Que extraordinario es esto... » Al encontrarse de nuevo en la meseta de la escalera, interrogó al guardián al cual se había dirigido hacía poco: « Dígame usted, ¿era en estas habitaciones del *piano nobile* donde habitaba el señor Broggi-Mezzastris?... » Y como le contestara afirmativamente el criado, prosiguió: « ¿Había muebles en ese tiempo? »

— ¿*Chi lo sa?* respondió flemáticamente el hombre de la pretenciosa librea roja y amarilla. No soy del tiempo del comendador. Es el señor Gámbara quien me ha colocado aquí el año pasado. Siempre he visto el museo tal como está.

— ¿No hay salas en la planta baja donde se hubieran podido colocar estos muebles? insistió Miguel.

— Sí, dijo el guardián encogiéndose de hombros. Las hay y con muebles dentro en gran cantidad, le respondió. Pero estas salas no se visitan. El señor Gámbara tiene la llave.

ESTA contestación no tenía importancia. Era más que legítimo, hasta necesario, que el inspector en jefe de los tesoros del museo Broggi-Mezzastris conservara las llaves de un guarda muebles donde se hallaban sin duda objetos de mucho valor y no clasificados aún. El tiempo que emplearon en organizar y abrir las galerías se explicaba por un hecho muy natural. El comendador había muerto en edad muy avanzada; sin duda debió haber dejado las habitaciones donde había concluido su vida, tanto como el mobiliario, en un estado de deterioro que exigía largas reformas. Esta hipótesis, que no era solamente verosímil, sino la única, no se presentó siquiera al espíritu del sobrino despojado.

— Sí, se repetía por el contrario, ya franqueada la puerta del palacio. Qué extraordinario es esto... Las habitaciones vacías, los muebles bajo llave ¿qué significa esto?... ¿Habrá aprovechado este Gámbara su situación para realizar una venta de muebles?... ¿Por qué no? Que sea un canalla ¿cómo dudarle después de esta hábil captación? ¿Qué escrúpulo le hubiera detenido? ¿Quién va á averiguar, cuando se vuelva á colocar todo en su sitio, si falta una butaca, una mesa ó una silla? El señor Gámbara estará encargado de vigilar la reinstalación. ¡Ah, qué buena farsa!... Claro, habrá vendido á un anticuario, á uno de aquellos que lo han colocado en casa de Broggi, unos cien mil francos de objetos. Con el gusto de mi tío, y á juzgar por los cuadros, llenaban este palacio muebles de primer orden, al precio de las maderas, hoy día, no es preciso muchos sillones para llegar á cien

mil francos... Se ha debido hacer un inventario á la muerte del comendador. ¿Dónde está? Entre las manos de la gente de ley. ¿Á quién se le ocurrirá ir á consultarlo?... ¿Á quién? ¿Y por qué no á mí?... ¡Qué idea! ¿Y si pusiera yo á mi buen amigo Cantoni en esta pista? Quería él atacar el testamento bajo cualquier pretexto. Me opuse á ello entonces. Este pleito no me parecía justo... La cosa cambia ya que el testamento no está aplicado ni en su letra ni en su espíritu, porque no lo está. Mi tío quiso dejar á Bolonia su casa tal como la habitaba, y pues no la vivía tal como acabo de verla... el testamento no está observado... En definitiva, hablaré de ello á Cantoni...

Esta novela de sospecha, retenida y dejada alternativamente, acabó por establecer una certidumbre en la imaginación de Miguel Steno cuando bajó al andén de Venecia, veinticuatro horas después de su visita al palacio Broggi-Mezzastris. En la noche misma fué, según la invariable costumbre de sus compatriotas, nobles ó plebeyos, ricos ó pobres, á tomar helados *in piazza*. Diez minutos más tarde encontró al abogado Cantoni y en seguida le comunicó sus dudas que ya no eran tales, sobre la gestión del captador Gámbara. Esta consulta prolongada indefinidamente, yendo y viniendo debajo de las arcadas, tuvo por consecuencia inmediata veinticuatro horas después, el envío oficial por dicho Cantoni de una carta en papel sellado. En nombre del « muy noble señor » Miguel Steno, patricio de Venecia, el abogado indicaba al « muy ilustre marqués Bellini » de Bolonia, presidente del consejo del museo Broggi-Mezzastris, la grave infracción hecha al testamento. Cantoni citaba el texto del codicilo que marcaba muy exactamente « que nada debía ser cambiado en el palacio. » Añadía, que si los objetos, en un plazo normal, no eran vueltos á poner en el estado consignado por el inventario después de la defunción, el señor conde Miguel Steno se vería obligado, con harta pesar suyo, á intentar una acción judicial, en su calidad de más próximo pariente del testador.

— No hay duda, había dicho el sutil hombre de negocios, de que el marqués de Bellini dará órdenes para remediar

una irregularidad, que ciertamente ignora. Será menester que el Gámbara presente los muebles. Los presentará, pero no todos, seguramente. Ahí es donde lo espero yo. Escribo por el mismo correo á mi compañero de Bolonia que me comunique la copia del inventario; tenemos derecho á ello. En cuanto reciba aviso de que el mobiliario ha sido colocado en las salas, voy en persona inventario en mano. Reviso butaca por butaca, clavo por clavo. El Gámbara estará convicto de robo, pero si ha robado, ha captado. ¿Usted ve la consecuencia, señor conde?... Un pleito en debida forma. La ciudad transigirá. Yo se lo había dicho á usted hace dos años.

— Me contento con que sea castigado el Gámbara, contestó Miguel; ya será un ligero consuelo.

— Se le castigará, repuso el abogado. Lo tomo como asunto propio, tanto como el pleito; pero el personaje es ciertamente muy hábil. No se dejará coger sin ensayar algún medio de su hechura. Es de Bolonia, el país de los *glosadores*. Nosotros somos de Venecia, patria de los *inquisidores* de Estado. Nosotros venceremos. ¡Quisiera verlo escapar de ésta, si ha vendido muebles y si no puede presentarlos! Y que los ha vendido está claro. Todo este asunto huele á estafa á tiro de ballesta. Paciencia; querido conde. Ganaremos el pleito. ¿Y qué decía yo, transigir? ¿Y por qué, si ha habido captación? No la aceptaremos si así ocurrió, y el testamento será impugnado... Y entonces... Y tuvo el abogado el movimiento de párpados del trapacero que ve en perspectiva uno de estos litigios que, de apelación en apelación, duran años enteros y son la gloria de los curiales — y también su fortuna.

— ¿Tendrá razón de veras Cantoni? se preguntaba Steno una semana más tarde dando vueltas entre sus manos á una tarjeta que había hallado en la bandeja que se encontraba encima de la mesa en el vestíbulo de su palacio, á la vuelta de un paseo en góndola. Esta tarjeta llevaba el nombre de Luigi Gámbara, conservador general del museo Broggi-Mezzastris. Debajo de este título, que ocupaba dos líneas, el visitante había escrito con lápiz unas palabras que justificaban de sobra la sospecha de

Miguel y las acusaciones del abogado : « Tendrá el honor de presentarse de nuevo hoy á las cinco y ruega encarecidamente al señor conde Steno le otorgue un rato para una comunicación en extremo importante. » Seguía una dirección, la de la fonda donde el ladrón paraba en Venecia. En efecto ¿no era una confesión de robo este paso fuera de los hombres de ley, cuando la queja de Cantoni al marqués de Bellini, colocaba la cuestión en un terreno puramente jurídico? El conservador general del museo Broggi-Mezzastris que hubiera debido llamarse mejor saqueador, venía á implorar la piedad del heredero despojado antiguamente por sus cuidados, á fin de detener un informe cuyas consecuencias constituían una amenaza demasiado temible.

— Va á ser una escena grotesca, se dijo Miguel. No voy á recibirlo. O mejor aún, lo recibiré dos minutos para que sepá bien que no obro impulsado por nadie, y que no cambiaré de resolución... Está perdido... ¡Bien hecho!

El descendiente de los Dux estaba en estas disposiciones poco benévolas, cuando á la hora dicha, el gondolero que le servía de ayuda de cámara — á la veneciana — introdujo al personaje esperado. Miguel vió entrar á un hombrecito de edad, enfermizo, de pobre aspecto, completamente cano, encorvado, con uno de esos semblantes á la par delicados y humildes, finos y temerosos, donde se adivina esta mezcla singular de una inteligencia muy viva y de incurable desconfianza de sí mismo que constituye el « fracasado superior » para usar la expresión de un humorista, la cual merecería pasar al idioma por lo exactísima que es. Los ojos de Gámbara eran azules y brillaban de fiebre. Parecían más claros por el contraste con la tez amarillenta y oscura que revelaba años de miseria fisiológica, escasa alimentación, trabajo excesivo, inquietudes incesantes. El ropaje era pobre, pero decente. El conjunto era desgraciado, si vale la palabra. No se desprendía de él nada vulgar, nada, sobre todo, que concordara con las acusaciones que Miguel había concebido en su espíritu, primero acerca la intriga, luego contra la honradez de este extraño visitante. La idea preconcebida estaba sin embargo demasiado arra-

gada para que el sobrino del comendador Broggi, no interpretase en seguida, en el sentido más desfavorable, esta actitud casi dolorosamente molesta. El que tenía con los pordioseros de la ciudad cortesías dignas de su nombre, ni siquiera invitó al recién venido á que se sentara y lo acogió con una frase en que no se ocultaba el menosprecio :

— Usted se empeñó en hablarme, señor Gámbara, y lo he recibido para cortar de raíz desde ahora todo paso de este género. Se propone usted, ¿no es verdad? tratar del mensaje que mi abogado señor Cantoni ha dirigido en nombre mío al señor marqués de Bellini. Es inútil. Entiendo que este asunto, si hay causa para ello, pase por la vía legal.

— No hay causa, señor conde, contestó Gámbara, ni habrá. Es derecho estricto suyo, como sobrino de mi llorado bienhechor, el exigir que su testamento sea ejecutado al pie de la letra. He dado las órdenes oportunas. Si usted sigue con esta intención después de unos minutos de conversación, las habitaciones serán repuestas exactamente en el estado en que se hallaban el día de la muerte del señor comendador Broggi-Mezzastris... ¡ Pero esto es tan confidencial ! Temo...

— ¿Que nos estén escuchando? interrumpió Steno. En efecto, había recibido al pintor en la inmensa pieza que sirve de antesala en los palacios de Venecia, y que llaman la Sala. Pero señor, yo no tengo nada que decirle y no deseo oír nada que mi gente y hasta todos mis compatriotas no puedan escuchar si quieren. No acepto conversación confidencial... Usted parece creer que puedo volver sobre mi decisión. No volveré. Permítame que me extrañe de que haya usted podido siquiera concebir tal idea. Un testamento no se interpreta, sino se ejecuta. Así quiero que pase con el de mi tío y así será. Convenga usted en que es bastante extraño, que el beneficiario más favorecido obligue á un pariente desheredado á recordarle tan elemental principio de orden. Usted ha faltado gravemente á éste. Tiene usted regularmente un motivo para ello. No me corresponde á mí manifestarlo, sino al señor marqués de Bellini, que le rogará tal vez á usted que lo diga á alguna persona más.

— ¿Á alguien más? balbuceó Gámbara estupefacto.

— Sí, señor, insistió duramente Miguel Steno. Al fiscal de S. M., por ejemplo.

La brutalidad de esta alusión tan directa no permitía duda alguna. El anciano se puso atrozmente pálido y le tocó á Miguel Steno admirarse : vió un súbito relámpago de indignación centellear en estas pupilas, que ahora poco imploraban, y una expresión de altiva indignación transfiguró este semblante humillado. Tan violenta había sido la sacudida, que el desgraciado no halló primero aliento para articular palabras. Sus labios se agitaron sin emitir sonido. Por fin con voz ahogada pudo contestar :

— ¿Entonces, señor conde, lo que usted cree de mí, es que he cometido alguna acción que pudiera llevarme ante los tribunales; que sin duda abusé del depósito del cual era guardián?... Es el sentido de sus palabras. No pueden éstas tener otro... Comprendo, prosiguió con voz entrecortada; si los muebles no se hallan en las habitaciones es porque he vendido parte de ellos. ¿Es eso lo que usted cree, verdad?... Si así es, tiene usted razón, señor conde. Toda conversación entre nosotros es inútil... Adiós, señor, adiós. Tengo el honor de saludarlo...

Se había dirigido hacia la puerta después de soltar este grito de protesta en el que vibraba el sufrimiento casi salvaje del hombre honrado y ultrajado. Al llegar á la extremidad de la sala, y ya con la mano en el pestillo, Gámbara se detuvo. Volvió derecho hacia el que le había insultado, y con las pupilas fijas en las suyas, dijo :

— No, señor conde; no me iré de este modo. Á causa de su tío que ha sido tan bueno para mí y que nos salvó de la miseria, á mí y á los míos, hablaré. Usted sabrá la verdad, la verdad, la verdad entera. Se la diré, no por mí, sino por él, por su memoria. He venido para rogarle que me ayude en mi obra piadosa hacia esta querida memoria. Cumpliré mi resolución. Luego obrará usted como le parezca... ¡ en caso de que me crea !... añadió con una sonrisa ó, mejor dicho, con un *ricтус* de infinita amargura. No me interrumpa, dijo contestando á un gesto de Miguel Steno. Cuando el Sr. Broggi-Mezzastris me nombró conservador de su museo, ya supuse que su familia

sospecharía que era yo el inspirador del testamento... ¡Pues bien! señor conde, por la salvación de mi alma, no es verdad. Cuando aún vivía el Sr. Broggi he ignorado todo cuanto se refiere á las disposiciones de su tío de usted... ¿Todo?... No, ¡rectifico! Siempre creí que formaba su galería para dejarla á la ciudad, á lo menos en su mayor parte. Creí también que ocurría como con los cuadros dados por el Sr. Senador Morelli á Bérghamo — que este legado figuraría en una de las salas de la Pinacoteca pública... Mi papel con su tío, señor Conde, se ha limitado á esto : hace veinte años tenía yo cuarenta y cinco. Me hallaba en la mayor miseria. Después de haber tenido grandes ambiciones artísticas, me veía reducido á restaurar cuadros por cuenta de un anticuario. El Sr. Broggi-Mezzastris empezaba entonces su colección. Mi anticuario entró en tratos con él con el fin de venderle un cuadro falso que yo conocía por tal. Quiso la casualidad que yo presenciara un debate entre ellos. Así que se marchó el Sr. Broggi, avisé á mi patrón que me negaba á hacerme por mi silencio cómplice de un robo. Ese hombre creyó que yo simplemente quería parte en el asunto. Este era importante. Se trataba nada menos que de un pretendido Giorgione y de cuarenta mil francos. Me ofreció pagarme mi discreción. Rechacé su dinero. Me amenazó con vengarse como hablara. Desafié su amenaza y avisé al Sr. Broggi-Mezzastris. Usted pensará sin duda que contaba encontrar más ventajas por este lado. Piénselo usted, señor Conde... su tío no lo pensó. Este hombre excelente juzgaba el corazón ajeno por el suyo propio. Mi paso le llegó al alma. Me interrogó acerca de mi vida y, viéndome tan pobre, me dió trabajo. Restauré unos lienzos suyos. Entre seis había cuatro falsos, lo cual le probé. Llamándole la atención mis conocimientos técnicos, me ofreció un sueldo fijo si quería ayudarle en adelante en sus compras... Acepté... Mi servicio, á su lado, duró hasta su muerte.

En este punto de su discurso, una duda en continuar se pintó en el semblante contraído del viejo artista, algo así como un escrúpulo de seguir su relato. Luego una sonrisa de indignación crispó de nuevo sus labios. Dió con el pie en el suelo, y con singular ironía prosiguió :



... ya con la mano en el pestillo... (pág. 119.)

— Si yo fuera el que usted supone, señor Conde, no hubiera tenido que dictar un testamento al Sr. Broggi-Mezzastris para tener rentas; se lo juro. El Sr. Broggi era hábil industrial, según dicen, y un especulador muy advertido. Lo prueba la gran fortuna que ha dejado... Pero en cuanto á cuadros... repitió, en cuanto á cuadros... y era visible su esfuerzo, pues bien, señor, ¡jamás ha sabido distinguir un Mantegna de un Rafael, ó un Perugino de un Veronés!... ¿De dónde le vino la idea de una galería entonces? Muchas veces me lo preguntaba, al principiar nuestras relaciones, cuando me firmaba, sin discutir, cheques de sesenta mil liras para nuestro Dosso-Dossi, por ejemplo. Después comprendí que estaba movido por los motivos más nobles. Amaba la gloria, y también á Bolonia. Quería que su nombre quedara por siempre unido á una cosa notable y que esta fuera cívica. El ejemplo de Poldi Pezzoli en Milán la había sugerido esta obra, tan poco conforme, al parecer, con sus facultades: la creación de una galería. Yo también soy de Bolonia. Amaba apasionadamente á mi ciudad. Era pintor, y á falta de un gran talento tenía, á lo menos, adoración por el genio de los grandes maestros. No, no fué por interés por lo que me consagré á ayudar al Sr. Broggi-Mezzastris en su empresa, sino movido por un sentimiento tan puro como el suyo, casi diría, más puro. Yo bien sabía, que mi pobre nombre desaparecería tras el suyo. Mi nombre ha desaparecido. Hay un museo Broggi-Mezzastris y cuando Luigi Gámbara haya muerto, no sobrevivirá nada de él. Pero hallo alegría profunda en pensar que pagué un deuda á este protector generoso... En seguida nos alojó á mi mujer y á mí. Había colocado á mis dos hijos en el colegio á su costa... Además, aun cuando no tuviera este motivo de agradecimiento, debería tenerle gratitud. Merced á él he tenido el más admirable empleo de mi actividad. Durante veinte años he conocido la embriaguez de la caza de los cuadros de museo, como los *tondi* de Francia cuyo descubrimiento fué una verdadera novela. He gastado en ella tanta emoción como un Rugiero en persecución de Angélica. Acuérdesse de que estaban perdidos desde la época de Vasari. ¡Qué fiebre cuando los encontré, cuando adquirí la certidumbre de

su autenticidad, cuando me los llevé con estas manos... ¡sí!... con estas mismas...

Tendía sus dedos febriles y delgados mientras hablaba de este modo. Entornaba los ojos. Volvía á sentir viejas impresiones. Casi había olvidado que no se hallaba solo y también su alegato en favor de su probidad. Luego tuvo un despertar de su propia hipnosis y dijo secamente:

— Le pido perdón, señor conde, pues no se trata de mí. Sin embargo esto también era preciso que se dijera. Durante estos años no me acordé más que de los cuadros. Corría desde Venecia á Palermo y de Lecce á Turín para comprarlos. No me ocupaba de los otros objetos con los cuales el señor Broggi-Mezzastris llenaba el palacio. Y si me hubiera fijado en ellos, tampoco me hubiese permitido observación ninguna. Se lo repito, no sospechaba el testamento. Imaginaba que después de la muerte del comendador todo se repartiría, menos las pinturas. Después de la apertura de dicho testamento y cuando supe qué funciones mi venerado bienhechor me había reservado, abrí los ojos. Miré por vez primera los detalles de las cosas y conocí espantado qué clase de mobiliario mi pobre y querido amigo había amontonado en las salas. Abundaban las butacas innoblemente suntuosas con maderas esculpidas según el horrendo gusto italiano de hoy, con revestimiento de peluche sobre canapés dorados y atrozmente contruidos; ¡y qué colgaduras, qué tapicería! Tuve la evidencia de que una vez abiertas al público las puertas del palacio, la verdad iba á aparecer al más ignorante. No era posible que el mismo hombre hubiera comprado la cama del dormitorio, por ejemplo; ese lecho de columnitas en forma de tronco de palmera en lo alto de las cuales se estaban rascando unos cuantos monos — y el divino Giampetrino de esta misma alcoba. Recuerdo que esta angustia se apoderó de mí desde el día que precedió al del entierro. El señor Broggi había hecho venir al notario para que el testamento fuese leído delante de testigos, antes de empezar la agonía. Después, cuando nos encontramos solos, con delicadezas de forma que aún me hacen verter lágrimas — ve usted, — me dió las gracias por haberle ayudado á realizar su sueño; el de dejar trazas

duraderas de su paso por este mundo. Este museo, dijo, será la segunda vida de Broggi-Mezzastris. Y he aquí que durante esta velada, mirando con la luz de los cirios, encendidos ya, á este Giampetrino y á esta monstruosa cama, estas palabras volvieron á mi mente dando de golpe un sentido profético á otras palabras pronunciadas en voz baja al lado mío por un curita que hubiera hecho ciertamente mejor en rezar :

— El comendador que tenía un gusto tan fino para los cuadros, me dijo, ¿cómo pudo tenerlo tan malo para los muebles? Estas palabras me tradujeron mi propio pensamiento con una precisión que me consternó. Esta terrible frase, todos los visitantes del museo Broggi-Mezzastris la pronunciarían desde su apertura. Esta pregunta todos se la iban á dirigir y no tendría más que una contestación ¡ ay ! la verdadera. El señor Broggi-Mezzastris no había comprado sus cuadros por sí mismo : su galería no era obra suya. Su obra era este arreglo, dispuesto para su uso, de estos muebles de tan horrenda vulgaridad, tan bárbaramente pretenciosos. Eran estas telas abominables, esos atroces juegos de chimenea, este lujo chillón y de mal género en el cual mi inocente protector se había complacido tanto. Este era el ideal, hay que confesarlo, de este querido y digno amigo, exquisito por el corazón, mas para las cosas de arte había recibido de la naturaleza la negativa... Tuve la intuición de que por una ironía atroz este museo, del cual había querido hacer el instrumento de su *segunda vida*, iba á ser el de su *segunda muerte*. Mientras había habitado el palacio, fué muy celoso de sus tesoros. No admitía sino á escasos aficionados, demasiado interesados por la pintura para ocuparse del resto. Ahora todos iban á entrar, todos, la voz pública iba á hablar... En esta penosa noche, y arrodillado ante aquellos despojos augustos para mí, juré al señor Broggi-Mezzastris evitarle esta segunda muerte. No había más que un medio. Era el aislar la galería, recoger todos los cuadros en un piso y encerrar los muebles en otro, de cuya llave no me he separado. Después de mi muerte, mi sucesor no cambiaría ciertamente nada de esto, creyendo que eran órdenes del fundador... El motivo de mi conducta lo sabe usted ahora, señor conde. No sospechaba

que mi piedad hacia la memoria del señor Broggi me valdría un sangriento ultraje de parte de su sobrino. ¡ Qué afrenta !... Y de parte de usted, de usted... Pero todo está terminado. Ahora si que no tengo nada que decirle, señor, y soy yo quien no quiero, oye usted, quien no quiere más conversación con usted... Ya está usted enterado. Obre usted, se lo repito, como crea de su deber...

III

Y usted ha creído siquiera un minuto toda esa historia? exclamó Cantoni estallando de risa cuando Miguel le hubo contado la extraña declaración del viejo pintor y cómo éste se había ido sin dejarle el tiempo de contestarle.

— Le había dicho que esos glosadores son hábiles. Pero esta invención sobrepuja á todo. Es digna de la mejor manera de Goldoni...

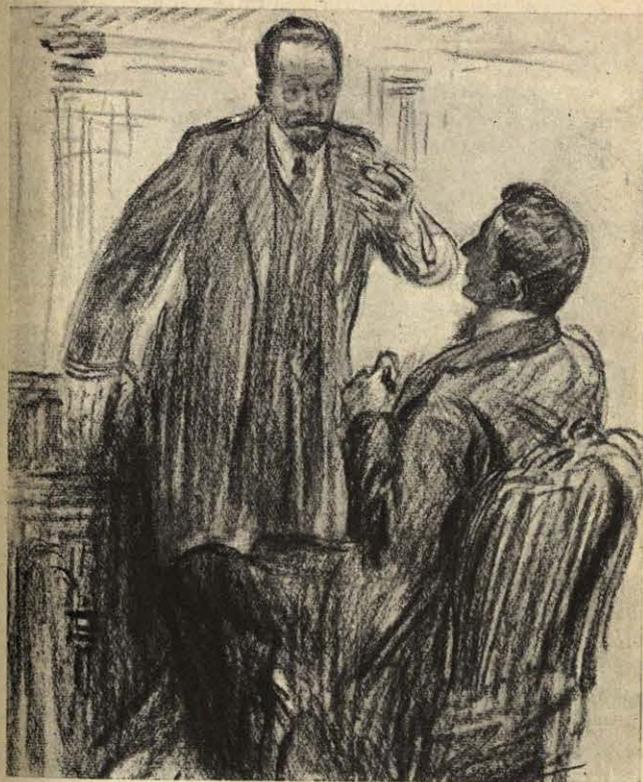
— ¿Y si fuera verdad? insinuó Steno.

— ¿Y si los caballos de San Marcos se echaran á galopar? contestó el abogado. Además, ya lo sabremos. Le he dicho que inspeccionaría la reinstalación de los muebles en el palacio, butaca por butaca, clavó por clavó.

— En fin, supongamos que sea verdad. De modo que mi tío...

— Sufriría su *segunda muerte*, interrumpió Cantoni burlándose más aún. ¿Qué es lo que puede importarles esto donde se halla ahora, y á usted también, querido conde? Esta segunda muerte de Broggi-Mezzastris sería la revancha del testamento y nada más... Esté usted tranquilo, no le pesará en la conciencia. No variemos. Mantengamos firmemente los términos de mi carta y veamos venir, ¿qué? Quizás unos millones...

Á despecho de la seguridad del jovial hombre de ley, había guardado Miguel de su conversación con el enigmático Gámbara una impresión fuerte por demás. No aceptó el consejo de mantener sus reivindicaciones, sino después de una verdadera lucha interior. La aceptó sin embargo porque era débil. Luego sintió un nuevo remordimiento cuando, un mes más tarde, Cantoni marchó á Bolonia después de recibir un aviso del marqués de



¿Y usted ha creído siquiera un minuto toda esa historia?
(pág. 126).

Bellini; todo estaba reinstalado en el museo Broggi al pie de la letra del testamento. ¿Qué iba á descubrir el abogado? El corazón del sobrino desheredado empezó á latir cuando, tres días después, dicho Cantoni volvió á aparecer, no habiéndose anunciado más que por un telegrama, y con apariencia bastante desconcertada.

— ¿Habría encontrado el medio de comprarlo todo el Gámbara? dijo meneando la cabeza, burlona aún,

